



Las iniciaciones de Marco Denevi. A propósito de 'Ceremonia secreta.'

Guillermo Gotschlich

Profesor Asociado
Universidad de Chile

“Porque el espíritu también funda, como la carne, más que la carne, sus propias filiaciones”

M. D.

Ceremonia secreta de Marco Denevi, obtuvo un significativo premio otorgado por Revista Life en 1960 y pasó a constituirse en una de las más destacadas obras del relato corto hispanoamericano contemporáneo. Fue llevada al cine en 1968 por el director inglés Joseph Losey en una versión más próxima al género policial que desvía, pero sigue una línea directa hacia un proceso de “descubrimiento” de identidades, aunque no logra lo que la narración acierta a desarrollar.

Iniciar una novela con un cuadro hasta cierto punto grotesco, y una demencial actitud reiterativa de santificación al mundo, requiere fijar dos puntos de enlace aparentemente excluidos entre sí: uno, el de la figura que moviliza continuamente extrañas situaciones de santificación o exorcización mañanera a diversos personajes en un barrio de Buenos Aires y otro, el articulado orden que tiene la visión de una religiosidad obsesiva, pero no menos certera, que induce a activar el movimiento interno de las conciencias que forman parte del relato. La resolución de una serie enigmática de “secretos” insertos en la trama narrativa, ritos iniciáticos, intentos de asesinato, robos, violaciones, venganzas, forman parte de una trama sutilmente mostrada a través de la que podríamos calificar como “seria” comedia grotesca. La novela de Marco Denevi se estructura sobre la base de variados niveles superpuestos, animados por agentes o entidades ocultos o presentes, que concurren desde planos alternados de realidad en la realización de uno de los actos ceremoniales más lúcidos de la creación deneviana.

La gestora de la perspectiva “religiosa”, Leonides Arrufat asume un grotesco protagonismo al representar una visión de mundo que impugna insistentemente ciertas formas de existencia mundana percibidas en su diario deambular por la ciudad. Motivada por una oscura situación de soledad, su perspectiva orientada a la salvación o condena de conciencias, definen la imagen de una identidad perjudiciada que abrirá caminos a ese extraño espíritu

signado por el destino. La notoria evidencia que define los difusos límites de su cordura, favorece la sorprendente forma que provoca el vínculo con Cecilia Engelhardt. La escena iterativa que introduce la novela, reproduce la habitual actitud de la protagonista e insinúa el inusitado desvarío vital de su destino, forma extrema de consagración o castigo sobre el mundo en provecho de la restauración de un bien perdido. La enajenada dama, asume desde la estrecha proyección vital que la define, un rol de alcances trascendentes en la comprensión última del sentido que propone la novela. Al desconocer, sin embargo, el verdadero fin de sus actos, un insólito encuentro mañanero cambiará el curso de su vida y la visión, no sabemos si definitivamente esclarecedora de su soledad.

Nuestro propósito es apreciar otro orden de relaciones de lo que en un estudio anterior vislumbramos como posible novela de estructura policial, siendo al enigma, [1] el articulador del proceso interno de las situaciones del mundo.

La relación que establece Jolles [2] con la forma simple “enigma”, nos pareció una de las matrices que estructuraban esta obra como próxima al relato policial. Aun cuando el citado ensayo, explica la estructura de relatos que tienden a descifrar claves para el descubrimiento de misterios, enfrentamos alusiones a niveles de realidad de mayor trascendencia que nos interesa comentar en el presente artículo.

La temprana mención a un “pacto”, “oculto” en la conciencia de Cecilia, en momentos que asedia a Leonides en un tranvía, comienza a cumplirse como promesa realizada y propone un antecedente que a la vez nos insinúa la razón del sorpresivo vínculo -lo entenderemos secreto o desconocido- entre ambos personajes. La naturaleza de éste, sustantivamente nos sitúa ante un tipo no explicitado de relación que se proyecta a ciertos arcanos de la religión y a promesas hechas entre la Divinidad y el hombre. Como asunción de la perspectiva religiosa o más bien esotérica que domina la novela, estas veladas referencias, salidas de expresiones de espontánea apariencia, dan pie a enmarcar la estructura de mundo de *Ceremonia secreta* dentro de estos parámetros.

Las escenas iniciales del relato, narradas en términos que suscitan interrogantes no fáciles de discernir entre dos desconocidas, denotan el tono irónico del discurso que parcialmente explica la descalificada percepción de la realidad de las protagonistas. Un margen de dudas se cierne al tenor de palabras indirectamente referidas por el narrador, en un gesto de compromiso, en apariencia relativo, con el actuar de los personajes.

“La muchacha lloraba. Lloraba silenciosamente, sin un gesto sin un movimiento. Lloraba con las manos en los bolsillos. Encogida en su asiento, lloraba. Lloraba y miraba a la señorita Leonides. Miraba a la señorita Leonides y amargamente le reprochaba no cumplir con el pacto.

¿Con el pacto? ¿Con qué pacto? La señorita Leonides perdió la cabeza: Bruscamente se puso de pie, pasó por delante y por encima de la joven, literalmente la aplastó, sintió bajo sus pies los pies de la otra, le pareció que la muchacha intentaba detenerla, que murmuraba algo, pero ella no debía escucharla, porque si la escuchaba estaría perdida, perdida para siempre.” [3] Esta escena adelanta y hasta cierto punto sella la relación actual fundada en otra anterior, que excede con mucho la continuidad causal de la trama y deja en pie una de las sorpresas que el relato sugiere al lector y a la explicación de las palabras de Cecilia. Pero esa es una realidad, en rigor, enigmática, a la que Leonides se resiste por un temor inmediato, aunque también por algo oculto que apresura su desligamiento momentáneo de Cecilia, pues intuye que algo no discernible la sumiría en una suerte de trampa o compromiso, naturalmente necesario de eludir. Es notorio, en pasajes inmediatamente posteriores, que la sanción del “pacto” exigido por la muchacha, se va a convertir en un juego de claves que animarán todo el curso argumental de la novela.

Sabemos que la idea de “pacto”, tiene origen en una fuerte relación nacida de una promesa entre Dios y el hombre y que admite más de una interpretación. En la novela, Cecilia parece exigir sólo con su cumplimiento, dejando un paréntesis de duda en Leonides que, mediados ciertos hechos y conocimientos de la vida de la joven, nos llevará a la cabal comprensión del sentido verdadero de su ofrecimiento.

La historia primera del “pacto” es una de las situaciones esenciales narrada en el Antiguo Testamento y se remonta a la promesa y salvación del pueblo judío al salir de Egipto. La *Biblia* enseña que “Alianza” implica pacto, es decir ‘cláusula’ de obligación”. “Sobre la base de haber realizado actos previos de salvación y sin aceptar responsabilidades específicas, Dios se compromete a respetar la Alianza de acuerdo a ciertas condiciones” [4]

El sentido de la escena que citamos supone una síntesis no explicada y por tanto secreta, de algo que da forma a la sustancia de la novela y que irá abriendo a través de ritos y celebraciones, la comprensión del movimiento interno de la conciencia en ambos personajes. Esa conciencia que complementa a Leonides con Cecilia es la materia de los acontecimientos que el lector advierte como secuencias alternadas entre ciertas concreciones específicas y el profundo estado interno que alcanza Cecilia en la circunstancia cruenta, pero necesaria de su muerte y de la misión o “pacto” definitivo que debe cumplir su sosías.

André Jolles comenta que la enigmación tiene implicancias con un recurrir entre promesa y cumplimiento y eso lleva a mencionar explícitamente los términos pacto y “misterio” de la alianza.[5] Creemos que las alusiones de este autor no pueden derivar sino del original sentido que en la *Torah* se refiere a la

salvación, en rigor, espiritual de un pueblo y que lo eleva a su vínculo consciente y permanente con la Divinidad. La alianza supone, por tanto, continua reflexión para alimentar o iluminar en su sentido más exacto la conciencia. Esto es, la presencia divina en todos nuestros actos, cuando la consciente voluntad humana busca la fuente de todo conocimiento y camino de integración a la unidad con el Creador: su símbolo máspreciado, el conocimiento, la luz. Desde esta perspectiva, no extraña que el sentido de un saber oculto (que auna otros saberes superiores), sea el núcleo referencial que sugiere Denevi en su novela. Por esto, el narrador exhibe las dimensiones de un conocedor que moviliza con cautela, su propio entendimiento y el de los personajes, en las proporciones y variedad que cabe para que el ensamble de los hechos, cobre su lugar en la compleja trama de la existencia. Jolles explica el modo como se entiende la enigmación, considerando que alguien porta un conocimiento y es motivado a ser interrogado por otro, para obtener sabiduría. “Para poder ser aceptado dentro de ese mundo” se requiere de la consagración. Quienes participan de ella “se extienden desde la alianza secreta, en su forma más sencilla, hasta el reino de los bienaventurados, en cuanto éste se conciba como un lugar sólo alcanzable por el camino de la sabiduría”. Razón por la cual “sólo puede ser enigmado lo que encierra la consagración: el secreto de la alianza, el misterio que encierra”, misterio que por su naturaleza misma, participa de una revelación.[6]

No obstante, el relato tiene la forma elíptica de la nouvelle, una brevedad expositiva más orientada a sugerir que a incurrir en explicaciones discursivamente formales. Al adaptar esta forma narrativa, se logra sintetizar momentos o pensamientos fundados esencialmente en su efectividad poética, en su carácter elíptico. La voz y perspectiva se funden y confunden, continuamente y, como en este caso que citamos, con la de Leonides.

“Pero a menudo enferma de soledad, había soñado que en ese poblado mundo había *alguien* que conocía nuestra existencia, que necesitaba de ella, que la esperaba y la buscaba, y que alguna vez la encontraría y se la llevaría consigo. Y ahora esa loca fantasía dejaba de serlo. Pero no hay que interferir en la delicadísima mecánica de la magia con su pedido de explicaciones. Hay que someterse y dejarse gobernar”. [7]

La cita nos vincula al pensamiento de Jolles y a la presencia de un ser que tiene dominio cognoscitivo sobre cierto ámbito de la realidad, manifiesto en este caso a través de una unión “buscada”, en principio por la soledad y que equipara el estado de dos voluntades. Ambas en distinto grado, necesitan llegar a conocer la realidad del “otro”, por vía ya no del encuentro fortuito sino de un requerimiento anidado en el espíritu de cada quien. Ese *alguien* “conoce (...) o conoció la solución”[8] y en concreto, corresponde a un oculto saber de la joven -limitada por la locura temporal que padece- y más entrañablemente a su padre, el rosacruz Jan Engelhardt, una de las conciencias orientadoras del mundo. Acerca de la función que cumple Engelhardt, volveremos más

adelante.

Posterior al encuentro entre las “desconocidas”, se comienza a tejer una historia de enigmas y hechos inexplicables que benefician no sólo la sorpresa sino la necesaria comprensión de los múltiples niveles de realidad de esta nouvelle. El proceso de enigmación contiene facetas mucho más profundas en su sentido y del que se sustraen finalmente aspectos sustanciales de la obra. Las preguntas que encaminan este aserto nos piden conocer o intuir la función que como agentes, favorece la sujeción de Leonides y el padre de Cecilia. La unión entre ambos se reduce a breves alusiones de la historia personal de Engelhardt, pero el enlace lo esconde y manifiesta la conciencia narrativa en el ya aludido juego de acertijos de esta historia. Aunque Engelhardt ha muerto, su condición de rosacruz impera en la vida de su hija, paciente de un intento de asesinato que la sume en su estado de alterada deficiencia mental. A su vez, la grotesca mujer y el devaneo ritualizado en sus incursiones por Buenos Aires, dan curso a la vía misteriosa del encuentro con la trascendente realidad que sus actos han ido tejiendo. El reconocimiento es un hecho tangible y un acto preparatorio, que favorece el comienzo de otros ritos y ponen a las mujeres en un plano de relación que sólo la magia de los encuentros trascendentes puede explicar.

Llegadas a la casa de Cecilia, asume ésta definitivamente el deseado rol de hija y verifica la sorprendente identidad fisiognómica del retrato de su madre muerta y Leonides. Sin embargo, la unión más significativa se sella al alero de la imagen que observa la invitada en el frontis de la casa opuesta: la del Arcángel Miguel. Una vez ingresada al lugar de su conversión, al santificado hogar de Jan Engelhardt, recorre con la mirada el espacio, la fotografía que repite la imagen de su rostro, un dormitorio sugerente por su resplandor, las ventanas y la siempre próxima presencia de su protegida. Mediadas algunas breves ceremonias de acogimiento, llega a la cama blanca y luminosa de la pieza de Cecilia. El crucial momento sigue a la secuencia de imágenes que el lector percibe como la visión de una cámara móvil: los ojos de Leonides, dibujan los contornos del lugar con la elocuencia de una situación no fácilmente advertible y que da inicio al rito fundamental: el momento en que la desvariada joven le impone las manos.

“Hasta que la señorita Leonides ya no aguantó más. Se levantó, se acercó al lecho como si estuviera observando a una persona acostada en él. En seguida sintió que dos manos de fuego se posaban sobre sus hombros y comenzaban a desvestirla. Un minuto después flotaba en el seno de aquel vasto lecho como en una agua limpia, braceaba entre las sábanas de hilo bordado, hacía reposar la cabeza en una almohada de plumas, tibios cobertores la abrigaban como un fino edredón de arena. Y todavía una muchacha se inclinaba y la besaba en la frente y luego iba a encender un espléndido fuego”. [\[9\]](#)

El escenario del ritual, el antiguo dormitorio de Jan Engelhardt y Guirlanda,

padres de la joven, sugiere el lugar propicio para la iniciática transmisión del conocimiento. Leonides ha quedado sin saberlo, preparada para comenzar un camino exploratorio, que en ese instante no sospecha, y entra a moverse en los complejos artilugios que tejen la sabiduría y magia del texto y también la secreta del destino. Piensa que “estaba atrapada” y que debía “dejarse llevar por el poderoso mecanismo de la magia”. Otras afirmaciones del narrador, aciertan en su insinuante discurso a manejar las pistas como un juego de adivinanzas que va dando orden a la historia, parcial explicación de los ritos y acceso al reconocimiento trascendente de Cecilia: la relación con su padre y a una imprevista conjunción de identidades, asunto complejo de discernir en la propia conciencia de Leonides. Sólo horas transcurren desde el encuentro hasta el ritual iniciático, premura de la inteligencia superior que maneja la disposición desde las situaciones primeras hasta el posterior develamiento de la locura y la comprensión a través de dudas y acertijos. Comienza a operar el riguroso ordenamiento de piezas que corresponde ejecutar a la ya no grotesca protagonista. Sin embargo una compenetración necesaria en la trama, distiende el tiempo de disfrute de la joven junto a la identidad suplantada por Leonides. El conocimiento en el nivel de las acciones inmediatas cobra sentido al sorprender Leonides, vestida con ropas de Guirlanda, a Encarnación y Mercedes, en su propio hogar. Esta escena introduce un literal diálogo dramático (otra alteración de la forma) que favorece el desenmascaramiento de las mujeres, habituadas a robar en sus continuas visitas a la casa de la joven.

Sin embargo otros antecedentes toman lugar en la regulación del juego narrativo, que supone una analogía de otro de antigua data, proyectando quizás insospechadamente la interacción de dos conciencias, la del narrador y Jan Engelhardt, que rigen el conocimiento superior de la realidad.

El juego de la oca.

A propósito de las naturales dudas que pueden asediar al lector y no menos a Leonides, hay una afirmación clave, entre muchas, que introducen una de las importantes señales en el discurso: la mención al juego de la oca, indicio de un ludismo no ocasional sino permanente en la estructura de la novela. Es ciertamente una alusión metafórica a los procesos que rigen el orden de la narración en medio de la concurrencia de los acontecimientos en la aludida mañana en Buenos Aires.

Más allá de la extrañeza que suscita el comienzo de la novela al introducir a personajes en diverso estado de enajenación, la voz del narrador, irrumpe con sesgo explicativo al establecer una curiosa comparación entre el mencionado juego y el sentido de las primeras acciones y ritos de los que tenemos información.

“Después todo sucedió como en el juego de la oca loca, en el que una ficha

avanza lentamente, caprichosamente, deslizándose aquí, deteniéndose allá, por un camino zigzagueante dibujado sobre un cartón multicolor, y otra ficha, más atrás, la sigue, marchando ella también a intervalos, hasta que de súbito, y cuando el azar lo dispone, la segunda ficha alcanza a la primera y entonces las dos, la perseguida y la perseguidora saltan fuera del camino y van a encerrarse juntas en un escaque como en una fortaleza”.[\[10\]](#)

El relato analogiza juego y escritura, vínculos y separaciones que crean un ensamble con la significación de claves no sometidas sólo al ritmo de la acción, sino a las relaciones misteriosas de una forma de disposición no habitual entre los diversos niveles de la obra. La notoria parquedad de la fuente de información canónica de la novela, va ocultamente sosteniendo afirmaciones, más en el terreno del despiste que el de la asertividad, como parece, desde otra perspectiva, sustentar el relato policial, una de las formas posibles de considerar la suma no despreciable de enigmas presentes en el curso de la historia. Adscrito al modo de “un juego” de conciencias, el camino del juego de la oca es una de las estrategias alusivas de la forma artística de *Ceremonia secreta*.[\[11\]](#)

Es conveniente atender, por otra parte, que el juego, no se menciona sólo por esta razón. La relación que tuvo con historias de sectas secretas como Los Templarios, confirman la disposición entramada del relato, una de cuyas piezas es Leonides. Sin vislumbrar qué visión podrían despertar sus rituales, cada uno de los movimientos preliminares en los escenarios de Buenos Aires, hasta la escena última, parecen determinados por ese sólido mecanismo de precisas convergencias, y es el narrador quien acude a nuestra competencia para saber cuál es la orientación que cobra esta posible vinculación entre juego, piezas sometidas a un orden, agentes que portan conocimientos parciales y hechos que desembocan en el descubrimiento de la real dimensión del texto. Inmediatamente después del deambular matutino de Leonides por su barrio y una vez que se ha topado con Cecilia, en la mirada advierte que la muchacha “estaba posesionándose de ella”. No sólo por vestir ambas de luto se crea el “misterioso vínculo” sino que entiende que le es transferida “una responsabilidad, una carga, un peligro”. Es el momento en que el llanto de Cecilia reprocha por el cumplimiento del pacto, ocasión para que la sorprendida Leonides busque refugio en una iglesia. De inmediato, en la segunda sección de la novela, el narrador nos sitúa ante la figuración de este juego.

La confirmación de una ley de causalidad imperante representa por una parte las reglas que impone el juego y en cita inmediata, refiere a la imagen de las mujeres sometidas a este imperativo, imagen de la vida, desde la conciencia y sabiduría del narrador.

Es notorio, en consecuencia, que el espacio figurativo, simula y representa el camino sinuoso y extraño de la existencia y de las relaciones entre las dos

mujeres. Varias interrogantes surgen entre la visión antigua del juego, hasta el “pacto” por el cual reclama la trastornada y que remite a otro sistema de realidades.[\[12\]](#)

Mencionada la “diversión”, la pregunta por la actitud que parece dominar el discurso, equipara un saber, en este caso literario, surgido de la necesidad de que la representación novelesca se sostenga en los términos de una dimensión esencialmente lúdica en la concepción de mundo que la rige. La función del lector aparece internamente aludida en los alternados ritmos de la narración. En rigor, este juego se entendería, además, como un símil del proceso o recorrido del camino de la creación poética y también de la vida y la muerte.

Rafael Alarcón, señala que una de las representaciones de la oca era su “mano palmípeda símbolo de la capacidad operativa del espíritu sobre la materia”. [\[13\]](#) Por una parte, nos encontramos frente a una de las matrices de sentido de esta obra, y entendemos que, a su vez, es componente de una explicación que se suma a la antigua orden y sus relaciones con la cultura cristiana. Así, es posible que una orden mística como la templaria adoptara esta iconografía para transmitir su mensaje. Se sabe que la Orden aparece en 1118 como guardianes de Jerusalén en las cruzadas y eran mitad monjes y mitad guerreros. Los templarios europeos tuvieron la misión de proteger el camino de Santiago y la basílica del apóstol como lugar santo de peregrinación. El juego sería el camino y las ocas, los lugares seguros donde podrían refugiarse los guerreros de aquella orden. Pero, en sentido general, también el camino era “la ruta de (...) perfección interior ya fueran iniciados, adeptos, o simplemente heterodoxos buscadores de otra realidad superior visceralmente intuida”,[\[14\]](#) parte de una iniciación que da pie a una consagración. Peregrinar es la esencia de la actitud del jugador; “en sus dos vertientes, iniciática y alquímica, es la que representaron cabalísticamente los creadores de este misterioso juego didáctico...”[\[15\]](#). Se sabe -dice este autor- que “el ser humano aprende” más integralmente al emplear su “instinto lúdico”, aunque la exigencia exceda a la de un conocimiento convencional. Esta diversión fue asumida por quienes desearon transmitir “veladamente determinado tipo de enseñanzas esotéricas”. La baraja, p. ej. contiene las figuras mayores del Tarot, “sin que ninguna de ellas participe en las variedades de juego existentes; ninguna salvo el ‘loco’ convertido en ‘comodín’ por mor de su mágica versatilidad –lo cual no deja de ser significativo”. [\[16\]](#) El peregrinaje entendido en su parte esencial, implica estadios, etapas y “casillas” con diversos sentidos entre las cuales se puede avanzar, retroceder, tropezar. El más drástico, experimentar el proceso de la muerte. La parte didáctica de la experiencia era “estar dentro del proceso iniciático que guiaba la ruta. Los indicios debían disimularse, para que el hecho mismo de tropezar con ellos necesitase el esfuerzo mental y espiritual del peregrino, que mediría así su grado de preparación y su capacidad para interpretarlos. De este modo, el camino -que era camino de expiación para algunos y camino hacia la sabiduría

buscada por otros- se convertiría en una especie de juego en la que sólo alcanzaría conscientemente la meta aquel que conociese las reglas que [las] han regido tradicionalmente”.[\[17\]](#)

La mención, quizás, desacralizada, a la que alude el narrador de *Ceremonia secreta*, nos ubica en la forma lúdica más actualizada, pero contiene la raíz de una figuración sagrada que vincula a la orden referida con la cristiandad. En rigor y aun cuando sobre los templarios existe una leyenda oscura y transgresora, el principio de su acción como resguardadores de bienes y de defensa de poderosos, se proyectó, al parecer originalmente, al cuidado de los Santos Lugares.[\[18\]](#)

En sentido amplio quien se manifiesta tributaria de una característica similar al espíritu original del templario, en los términos descritos, es Leonides. Cuestión que además, se desprende de las interpretaciones dadas por Jolles respecto a la situación a la que se enfrenta el enigmador. Sabemos que la mujer ha decidido, desde su desgracia familiar, hacerse cargo de la protección de personas ante el asedio del mal y, a su vez, de las recurrentes situaciones que enfrenta, especialmente a partir de su vínculo con Cecilia. Al conocerla decide “consagrarse” como madre y proteger a su vez el espacio que perteneció a Engelhardt y ahora a su hija. En diversa medida, la perspectiva de varios rituales y una iniciación, dan relieve continuo a la evolucionada espiritualidad de la mujer. También por eso, los robos sucesivos de Encarnación y Mercedes, que continúan al despojamiento iniciado por la calculadora y cruenta acción de Belena Santos, prima de la víctima, exigen un reparo y a la vez son parte de ese continuo trance de deducir, conocer e interpretar.

La otra conciencia y pensamos fundamental, desplegada con un misterio equivalente al del juego y su vinculación con las mujeres, es la del padre de Cecilia. Mencionado, debido a su previo fallecimiento, Jan Engelhardt, tiende un velo de misterio en un nivel superior que sólo podría equiparar al de la voz fundamental, de modo que los planos de intercomunicación con los personajes, dan forma a la sugerente naturaleza de esta nouvelle. Referirse a Engelhardt, nominalmente “corazón angelical”, alude a una forma de orden excelso, con referencia a un plano de realidad que moviliza sentidos y ordenamientos en apariencias insólitos en las relaciones entre todos los personajes. Engelhardt no es sino una conciencia que tiene o ejerce un dominio de sabiduría, vínculos y conocimiento de significación marcada en la vida de su hija Cecilia y en una perspectiva menos evidente en Leonides Arrufat. Sin embargo, las dimensiones alcanzadas por su erudición, sólo podemos suponerlas hasta cierto nivel y vinculados a los hechos concretos que marcan procesos similares en los destinos de la hija y su singular protectora.

No es ésta la única perspectiva que ejerce dominio sobre la realidad y sobre la cual otras se vinculan a través de un diseño narrativo que habla de secretos y

descubrimientos.

La conciencia rosacruz.

Jan Engelhardt el rosacruz, se concibe como una energía directriz superior debido a las cualidades mencionados por el narrador. Los datos escuetos de su vida no lo hacen menos enigmático, sino por su elevada dimensión intelectual y espiritual y sin duda por haber sido maestro e “iniciador” de su hija.

En el estudio citado acerca de las sociedades secretas, [\[19\]](#) uno de sus capítulos investiga el desarrollo y trayectoria de la comunidad de los rosacruces en Europa desde su nacimiento hasta su situación culminante como grupo de filiación religioso espiritual. Es reconocida como una de las sociedades secretas o esotéricas de larga trayectoria en la historia de Occidente. La presentación que hace el autor circunda el campo histórico y el que podríamos llamar ocultista de la antigua comunidad. Requeridos para servir de fuente cognoscitiva sobre secretos del mundo natural en los momentos confusos posteriores a la Guerra de los 30 años, volvieron la mirada al mundo antiguo por carecer de “conocimientos científicos” verificables. La alquimia, de la cual se afirma tenían dominio, pudo ser una manera de penetrar en la sabiduría arcana, junto a las doctrinas hermética y cabalista que fueron sus fuentes de conocimiento oculto, pero a la vez “explicativos” de los grandes misterios del hombre, entre ellos de Dios, y la manera como se manifiesta a través de la iluminación. Esta cuestión los llevó a asimilar atributos divinos como la sabiduría, el amor, la inteligencia, entre otros. Desde esta perspectiva, Engelhardt tiene un rol relevante en la novela. Es una conciencia, y tal vez la fundamental del mundo narrativo, así como en diversos estratos se manifiestan, el narrador y en menor grado Leonides. El lector ha advertido, a su vez, la situación desde la cual el narrador asume posiciones variadas en el proceso continuo de búsquedas y es fácil reconocerlo como una voz que admite entrar en la comunidad sapiencial de voces, con actividad propositiva, pero sin dar cuenta cabal de los asertos que asume. La circunstancial alusión a Engelhardt y su carácter de “santo, sabio, mago”, define cualidades que estrechan los vínculos entre padre e hija y son, a su vez, trascendentales en el singular vínculo entre la tríada de personajes. Las mujeres, privadas en distinta medida de su común racionalidad, viven en diversos estados de “alienación”, condición que prefigura otras; aun cuando, en el caso de Cecilia, es una propiedad que teje un velo menos de incertidumbre psicológica y policial que de verdadera caracterización. Ésta vive en el vacío aparente de la insania, y con razones objetivas se puede afirmar que ha extraviado el juicio en el trance de pérdida y recuperación a que la sometió el dislocado sentido de su destino. Sin embargo los dones que el padre le ha transferido, operan como el signo revelador del conocimiento de Leonides. Aparece ese *alguien* proveedor del conocimiento y no es otro que la figura de un rosacruz -padre e hija- depositado en última instancia en

Leonides. La búsqueda de ésta, desde el inicio de la narración, se transforma en un camino ya trazado por conciencias que esperan a la activadora del conocimiento y ejecutora del acto final de justicia que completará el curso del intrincado devenir de las situaciones. Se patentiza la fase superior del enigma, el de la revelación y que ocurre cuando el entramado de hechos toma su lugar en una forma de causalidad dominada por el rigor de la sabiduría y la iluminación.^[20] Desde este ángulo es requerible la explicación de la presencia del Arcángel Miguel como gestor de la iluminación de la conciencia de Leonides. Sin embargo, el trance entre su condición semimundana y la consagración, le exigen activar su conocimiento y retrotraer datos que la situación de Cecilia le provee.

El tiempo de convivencia de las dos mujeres, una circunstancialmente el lazo - falso y verdadero- de madre e hija. El parcial disfrute de una vida de holgura y felicidad que comparten, recobra la sanción última del destino. El embarazo de Cecilia la pone en el trance de dar a luz –en el sentido real y simbólico- pues adviene el despertar de su conciencia. Una larga y poética conjunción de escenas y fabulaciones concurren en los momentos en que revelaciones mutuas se manifiestan entre ambas.

Este momento precede a la recuperación de la lucidez de Cecilia. Desconoce a Leonides como su “madre” y atribuyéndole el rol de enfermera, le cuenta, previendo su muerte, lo verdaderamente ocurrido:

Debido a su orfandad, Cecilia motivó la ambición desmedida de Belena. Ésta simula el atroz acto de inventar un nombre y un rol a un imaginario Fabián para urdir la trama del robo y asesinato de la huérfana. Belena, contrata a tres individuos para asesinar y apoderarse de joyas y bienes originalmente pertenecientes a Jan y Guirlanda. En el lugar del crimen, espacio resguardado por la próxima iconografía del Arcángel Miguel, los ladrones anulan el deseo del cerebro de la “tramoya”; roban y violan a Cecilia, pero se niegan a cometer el delito. La joven es “encontrada” por Belena, junto a Encarnación y Mercedes, llevadas a la casa como testigos de una coartada que obviamente se malogra. En estado de semiinconsciencia, Cecilia permanecerá así hasta recobrar cierta lucidez, pero limitada en el descalabro de su juicio, por la desesperada búsqueda del amparo materno de Guirlanda, de quien olvidó, como otros hechos, su muerte. El plan del “juego” de Belena toma otros rumbos. En presencia de Cecilia ya ultrajada, pero viva aún, manifiesta su desesperación, y con rostro demonizado huye y desaparece del escenario de su fallido plan, hechos que anteceden al comienzo de la narración. Lo que continúa nos sitúa causalmente ante el crucial encuentro y las consecuencias derivadas no del azar, con la protectora. Por esta razón Leonides puede percibirse como la figura del resguardo en el sentido de ser portadora, de un espíritu salvador y custodiante. Pero como el relato es un juego de alteraciones y trasmutaciones, la mención al antiguo ludismo de la oca, viene a ser una simulada, pero a la vez directa alusión a la causalidad integrada de los

acontecimientos. Como en el juego, los “pasos”, en un tablero abiertamente simbólico, contienen atributos e instancias, aperturas y también drásticos impedimentos, de los cuales resulta ser el mayor de ellos, la muerte. La novela, a su vez, simula los pasajes de un tablero cuyo camino, se entiende, ha trazado el destino.

Pero el lector sabrá qué otras situaciones han sido sometidas a la rigurosa y necesaria acción del “juego” de vivir, sanción de la voz fundamental en el proceso novelesco, metáfora de una forma extraña y a la vez iluminadora de la existencia. La imagen del Arcángel Miguel en el frontis de la casa, por ejemplo, da sentido a la visión sacralizada de los ritos y escenas iniciáticas. El arcángel es, por esto, la imagen que sanciona en el mundo la trasgresión signada por el mal, la materia, y sin duda cobra en Leonides la gestión de situar el acto de justicia en sus manos, con la conciencia de confrontar la fase última del enigma y actuar como la consagrada portadora del conocimiento. Así, la prevista presencia de la errada asesina, cae por el rigor de “la espada”, la daga en este caso, que esgrime Leonides, en el otro encuentro, el del sacrificio último. Se cierra entonces, la fase superior del enigma con el ajusticiamiento “angélico” que sanciona a Belena, cumpliendo de este modo Leonides, con “la responsabilidad, la carga, el peligro” que le fue conferida.

Conclusiones.

El vínculo sorprendente entre las protagonistas de *Ceremonia secreta*, es una de las instancias centrales que activan las características de una realidad sacralizada y tiene su punto de partida en un pacto desligado del tiempo y mundo profanos para dilucidar los complejos enigmas que propone esta singular obra. La desconocida causa de este hecho, tiene un marco de revelación en estadios superiores de conciencia que trasmutan la vida de Leonides motivada por la ya alterada existencia de su protegida. La consagración de un camino o una revelación, en rigor desplaza un área del ser desde la locura hacia la iluminación. Borgeanamente entendemos que un enlace de ciertas “simetrías” y “anacronismos”, accionan la mecánica sugerida por el aludido juego de la oca. También esas simetrías toman su lugar en la lúdica posición de los personajes secundarios. Belena -nominalidad enrevesada de un espacio sagrado- nos remite a la maligna enemiga de Leonides, Natividad González, provocando otro tipo de pactos entre entidades veneradoras del mal de la “serpiente”^[22]

La advertencia de la voz Divina en Deuteronomio, ^[23]en su condena idolátrica, vincula, más allá de toda explicación no requerida por la voz del narrador, a dos energías adoradoras de la materia. Belena lucha por la posesión del oro y la plata de Engelhardt, en una suerte de anticonversión o si se quiere regresión alquímica. Consagra, en su ritual maléfico, robo y crimen, e intenta infructuosamente, volver los fallidos logros bajo su poder, en impura sustancia, representando definidamente al ángel de la muerte.

El pacto entre Cecilia y Leonides es el divino. No el de la idolatría sino el del cumplimiento de la Ley que comienza la mañana en que circunstancialmente se encuentran en el tranvía, el cementerio y la iglesia. El ritual de mayor significación, presidido por la imagen de San Miguel, conjuga otra expresión del “pacto”: el del arcángel que sostiene la espada castigadora, junto a las milicias angélicas para infundir la fe en el pueblo de los servidores de Dios. Es la circunstancia previa a la imposición de manos, transmisión de un poder que convierte a Cecilia en la portadora de los valores del padre. El primer encuentro de las mujeres, inicia otro de los caminos del conocimiento no sólo interpersonal, sino el de verdades conferidas por un orden de sabiduría que conduce a una verdad trascendental. Sin embargo, las situaciones no parecen someterse a la visión ni explicaciones del narrador. *Ceremonia secreta* es creada, de este modo, como una breve y a la vez profunda relación de acciones aparentemente cotidianas, marcadas por designios oscuros o malignos; otros que buscan, o sin saberlo encuentran, la antinomia eterna de la luz y las tinieblas, del bien y el mal, de la locura y la luminosidad del espíritu, o quizás de la eterna lucha –conjunción y disyunción- entre espíritu y materia. El epígrafe que encabeza este trabajo permite confirmarlo.

Notas

[1] Gotschlich, Guillermo, “*Ceremonia secreta* de Marco Denevi: enigma y ritualización”, *Revista Chilena de literatura*: 33 (1989) pp. 89 - 101

[2] Jolles, André, *Las formas simples*, Santiago: Universitaria, 1972. Vid. “Enigma”, pp. 118 – 137.

[3] Denevi, Marco, *Ceremonia secreta*, Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1973 p. 21.

[4] *Nuevo Diccionario de la Biblia*, Madrid: Jerusalem Publishing House, 2001, p.57

[5] Jolles, André, “Enigma”, *Las formas simples*, Santiago: Universitaria, 1972. p. 121 y ss.

[6] Jolles, op. cit., p. 127.

[7] Denevi, op. cit., pp. 30 – 31. *Cursivas nuestras*.

[8] Jolles, op. cit., p. 120

[9] Denevi, op. cit., pp. 46 – 47.

[10] Denevi, op. cit., p. 25

[11] La idea de “forma artística” opone la estructura del relato a “la forma simple” *enigma*, que desemboca en novela policial o tal vez en una forma que excede al relato tradicional de misterio. El crimen no consumado en la trama, posibilita una modalidad de vínculos no frecuentes en el relato policial y somete la lectura a una forzosa relación de expresiones propias de un juego de asimilaciones culturales, en este caso de notorias concordancias. Ver Jolles, p. 137.

[12] Las características esenciales del juego representan la forma de una espiral, un tablero con sesenta y tres casillas correspondientes al camino de

los jugadores, imagen del movimiento y transcurso de la vida. Comienzo y fin, se recorre un camino hacia una estancia última (que remite al nuevo comienzo) donde los participantes se dan vueltas en círculo, para ascender hacia un fin. Hay ciclos, hechos trascendentes sugeridos en los dibujos, que en su múltiple variedad, sintetizan la analogía de juego y vida. En ocasiones el juego nos detiene en una casilla no atendida, pero que cobra inevitablemente un significado. La espiral entonces, es un registro de la evolución que todo humano recorre y gana por medio de una superación que es el trascender. Las interpretaciones en un nivel esotérico afirman la implícita ley del Karma –a toda causa sigue un efecto-, de modo que toda vivencia resulta ser un camino trascendente: el camino del destino rigurosamente “trazado” por las lúdicas leyes, en el lineamiento del tablero. Éstas reproducen el orden del Universo, donde no cabe el azar sino leyes preestablecidas. De aquí deducen, por ejemplo los cabalistas, que conocer las reglas o la ley permite que seamos los reguladores de los trazos de la forma y corrección de nuestro destino.

Cfr. Alarcón, Rafael, “El iniciático juego de la oca”, Cap. II, en *A la sombra de los Templarios. Interrogantes sobre el esoterismo medieval*, Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2001, especialmente subcapítulos, 3 “Una forma de iniciarse jugando” y 4 “La espiral de los Constructores”, pp. 75 – 89. Ver también, “Los monjes guerreros” (Cap. 3) en Baigent, Michael, Michael Leigh y Henry Lincoln, *El enigma sagrado*, Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2000.

[13] Alarcón. op. cit.- p. 67.

[14] Alarcón, op. cit., p. 46.

[15] Alarcón, op. cit., p. 74.

[16] Alarcón, op. cit., p. 75.

[17] Alarcón, op.cit., p. 81.

[18] Annau, David, “Los ‘asesinos’ y los caballeros templarios”, en Mackenzie, Norman, *Sociedades Secretas*, Madrid: Alianza Editorial, 1973, p. 120 – 121.

[19] Jones, Mervyn, “Los rosicruces”, en Mackenzie, Norman, op. cit., pp. 134 -155.

[20] Esta fase, en esencia, corresponde a una equiparidad del saber entre el que adivina o busca la certeza de los hechos de la realidad, y del portador del enigma. Cfr., mi artículo citado, p. 93 y 94. y Jolles, op. cit., pp. 124 – 125. Este autor cita variedades de enigma, una de ellas, los “enigmas de cuello” en los cuales “la vida y la muerte dependen de la solución del enigma” Cita en p. 123.

[21] Ver el capítulo o segmento inicial, que subraya la perspectiva de la malignidad de las mujeres “bellas” pero pecadoras. Sin conocerse entre sí, la identificación entre Natividad y Belena resulta ser una estrategia que une, por la naturaleza de estos personajes, el comienzo y fin de la novela. La alusión a la serpiente es metafóricamente subrayada por la visión que tiene Leonides del circunstancial personaje que encarna en Natividad.

[22] Cfr., Deuteronomio 4: 15 – 40. *Santa Biblia*, Santiago: Sociedades Bíblicas de América Latina, 1960.

**Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad de Chile
ISSN 0717-2869**